

JULIET MACUR

LA RUEDA DE LA MENTIRA

La caída de Lance Armstrong

La historia definitiva



© **Juliet Macur, 2014, del texto original**

Publicado originalmente bajo el título *Cycle of Lies. The Fall of Lance Armstrong*

© **Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2017, de la edición en castellano**

Bilbao-Galdakao errepidea 10

48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: junio 2017

© **Traducción:** David Batres Márquez

https://traduccionesdavidbatresmarquez.wordpress.com

Edición: Begoña Castaño Irazabal y Eneko Garate Iturralde

Maquetación: Amagoia Rekeró García

Fotografía de la portada: © Joel Salcido

Fotografía de la autora: © Andrew P. Scott

ISBN: 978-84-945651-5-1

Depósito legal: BI-839-2017

Impreso en España por GZ Printek

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

ÍNDICE

| | |
|---|------------|
| PRÓLOGO | 7 |
| PARTE 1 - Mentiras de la familia | 17 |
| Capítulo 1 | 19 |
| Capítulo 2 | 27 |
| Capítulo 3 | 41 |
| PARTE 2 - Mentiras del deporte | 53 |
| Capítulo 4 | 55 |
| Capítulo 5 | 77 |
| Capítulo 6 | 87 |
| Capítulo 7 | 95 |
| Capítulo 8 | 107 |
| Capítulo 9 | 119 |
| PARTE 3 - Mentiras de los medios | 129 |
| Capítulo 10 | 131 |
| Capítulo 11 | 159 |
| Capítulo 12 | 175 |

| | |
|---|------------|
| PARTE 4 - Mentiras de la hermandad | 185 |
| Capítulo 13 | 187 |
| Capítulo 14 | 203 |
| | |
| PARTE 5 - Mentiras del héroe americano | 229 |
| Capítulo 15 | 231 |
| Capítulo 16 | 241 |
| Capítulo 17 | 265 |
| Capítulo 18 | 283 |
| Capítulo 19 | 299 |
| Capítulo 20 | 313 |
| | |
| PARTE 6 - La verdad | 327 |
| Capítulo 21 | 329 |
| Capítulo 22 | 339 |
| Capítulo 23 | 357 |
| Capítulo 24 | 371 |
| Capítulo 25 | 379 |
| | |
| EPÍLOGO | 399 |
| | |
| AGRADECIMIENTOS | 411 |
| | |
| NOTAS | 417 |
| | |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO | 457 |

PRÓLOGO

La propiedad de ensueño de Lance Armstrong, valorada en diez millones de dólares¹, se esconde tras un enorme muro de caliza tejana color crema y un sólido portón de acero. Los visitantes estacionan en un camino circular que rodea un inmenso roble, cuyas ramas se expanden hacia una mansión de 7.806 metros cuadrados de estilo colonial español.

El árbol simboliza la famosa fuerza de voluntad de Armstrong. Tiempo atrás estuvo situado al otro extremo de la finca, a cincuenta metros al oeste de la casa. Armstrong quería que estuviera junto a la entrada delantera. Transplantarlo le costó 200.000 dólares. Sus amigos más cercanos bromeaban diciendo que Armstrong, agnóstico reconocido, acometió el proyecto para demostrar que no necesitaba la ayuda de Dios para mover cielo y tierra.

Durante cerca de una década, mi relación con Armstrong estuvo repleta de disputas. Han pasado ya siete años desde la primera vez que su agente, Bill Stapleton, amenazó con demandarme. Por entonces yo no era más que una de tantos periodistas a los que Armstrong había tratado de manipular, encandilar o amedrentar. La forma más rápida y sencilla de convencer a la gente de que no merecía la pena escribir en su contra, era demandar a todo aquel que se atreviera a poner en entredicho su cuento de hadas. Durante años me consideró su enemiga, una más entre tantos a los que sus correligionarios tenían que mantener bajo vigilancia.

Solo ahora, tras su caída en desgracia, hemos conseguido llegar a algo parecido a un armisticio. Por mucho que lo niegue, sé que ha accedido a verse conmigo porque piensa que podrá ejercer algún control sobre mi libro. «No tienes la más remota oportunidad», le he advertido. Después de todas las investigaciones civiles y penales que tuvieron lugar para aclarar si Armstrong estuvo al mando de un sofisticado sistema de dopaje por el que consiguió sus siete Tours de Francia, después de los testimonios de los ciclistas que mejor lo conocían y que contradijeron bajo juramento todo argumento que Armstrong alguna vez hubiera usado, y después de mentir una y otra vez, y luego otra vez más, el deportista más famoso de nuestra generación se da cuenta, de repente, de que son mis manos las que aferran mayor cantidad de cuerda. Y yo compruebo que aun así, él sigue pensando que tiene el poder absoluto.

«Puedes escribir lo que quieras», me dijo en una de nuestras numerosas conversaciones. «¿Pero, de verdad vas a llamar a tu libro *La rueda de la mentira**? Será mejor que lo cambies».

Nos hemos visto las caras para realizar entrevistas en cinco países diferentes. En autobuses de equipo que apestabán al sudor que impregna la licra en mitad del Tour de Francia. En habitaciones de los hoteles más pijos de Nueva York. En la parte de atrás de limusinas. En desangeladas salas de conferencias. Incluso hemos hablado por teléfono durante horas y horas.

Y es ahora, en la primavera del 2013, después de que todo su mundo se haya venido abajo, y con los camiones de mudanza a punto de llegar para desalojar su adorada propiedad, cuando lo visito en su casa de Austin, Texas, por vez primera.

«Vale, perfecto, pásate por aquí», me dijo. Acorralado por los incesantes obituarios a su célebre (y ahora, fraudulenta) carrera, quería asegurarse de que escribía «la verdadera historia».

Así que aquí estoy, aparcando bajo el magnífico roble que Armstrong movió de lugar solo por capricho. Al mirar a la casa pienso en sus maillots amarillos. Un mes después de que la Agencia

* Nota del Editor: *Cycle of lies* es el título original, cuya traducción literal sería Ciclo de mentiras.

Antidopaje de los Estados Unidos sacase a la luz 1.000 páginas de pruebas contra Armstrong, despojándolo de todos sus Tours, él tuiteaba una foto en la que aparecía sobre un sofá en forma de L que había en su casa, con sus siete maillots amarillos suspendidos de manera ceremoniosa tras él. La viva imagen de la arrogancia: «*De vuelta en Austin, descansando un poco*». Eso fue en noviembre del 2012. ¿Seguirá mostrándose tan desafiante siete meses después?

Antes de que pueda quitar las llaves del encendido de mi coche, la cara de un querubín bajo un rizado y enmarañado cabello de color marrón aparece ante mi ventana, y las manos diminutas de un pre-escolar golpetean el cristal. Es Max, el hijo menor de Lance.

Armstrong está tras él, con sandalias y una camiseta negra sobre unos pantalones negros de baloncesto que rozan sus rodillas, repletas de cicatrices. Sus ojos quedan ocultos tras unas gafas de sol.

«Dile hola a Juliet, Max», dice Armstrong.

«¡Hola, Juu-lliii-eeet!», dice Max. Después, se gira hacia su padre y le pide un helado, petición que arranca una risita a su padre. Algo a lo que yo jamás había asistido.

«Vale, te daré un helado», dice Armstrong. «Te has portado muy bien, amiguito, pero que muy bien».

Caminamos en dirección a los escalones de la entrada hasta que Armstrong se detiene ante la puerta. Sus ojos se dirigen hacia el árbol, la casa, la vida de la que un día disfrutó.

«Un sitio genial, ¿verdad?», me pregunta.

«Sí», respondo, «¿lo vas a echar de menos?».

Armstrong no desea mudarse: es que se ve obligado a hacerlo. Lo han abandonado sus patrocinadores², llevándose con ellos cerca de 75 millones de dólares en ganancias futuras. En caso de perder todas las demandas judiciales a las que se enfrenta, acabará debiendo más de 135 millones de dólares³. «Para cortar un poco la sangría» como él lo llama, ha dejado el alquiler de un ático que tenía en Central Park, Manhattan, y una casa en Marfa, Texas. La propiedad de Austin es la siguiente. La cambiará por una vivienda mucho más modesta cerca del centro.

Sus antiguos patrocinadores, que incluyen a Oakley, a la compañía de bicicletas Trek, a RadioShack, Nissan y Nike, lo han dejado sin un duro. Los considera unos traidores. Dice que los ingresos de Trek⁴ apenas ascendían a 100 millones de dólares cuando firmó con ellos, y que en 2013 ascendían hasta el billón. «¿Y todo eso gracias a quién?», espeta. «A este cabrón de aquí». Se hinca el dedo índice de la mano derecha en el pecho. «Lo siento pero es la verdad. Sin mí, nada de eso habría ocurrido».

Después de que lo abandonaran sus patrocinadores, él se deshizo de todo su material. Se puede ver a alguno de sus amigos de Dallas llevando puestas las zapatillas personalizadas de Armstrong, que eran amarillas con el nombre «Lance» bordado en pequeñas letras sobre la lengüeta negra. Hay un almacén de beneficencia atestado con su ropa de Nike y sus gafas Oakley. Los operarios de la mudanza, que ya habían vaciado la casa de invitados la semana anterior a mi visita, tendrán que ver qué hacen con toda prenda de marca que quede en el garaje: gorras negras de Livestrong de la marca Nike, bolsas de lona negras con el swoosh prensado en amarillo brillante, cristales y monturas de Oakley y una caja con gorras animando a votar «Sí a la proposición 15», un plan vinculante promovido por Armstrong en Texas en el año 2007 a favor de la investigación, prevención y educación sobre el cáncer.

En 1989 Armstrong se mudaba a Austin desde Plano, un suburbio de Dallas, apareciendo en esta ciudad progresista como un duro y combativo adolescente con la cara llena de acné, el cabello castaño, ondulado y con mechas en las puntas, un aro dorado colgando del lóbulo de su oreja izquierda, una cadena de plata al cuello con un colgante de la forma de Texas, y un carnet de identidad falso.

Con unos ingresos de 12.000 dólares anuales⁵, y con la ayuda de un benefactor local llamado J.T. Neal, quien se había hecho cargo de Armstrong, vivía en un estudio que costaba 200 dólares mensuales. Lo amuebló con un inmenso sofá de cuero negro, una silla a juego, y sobre la chimenea, la calavera de ganado típica tejana pintada de rojo, blanco y azul.

De un diminuto estudio a una propiedad que se extiende más allá de donde abarca la vista; la prueba de la ascensión de

Armstrong al moderno santoral americano: el superviviente a un cáncer que hizo hincar la rodilla a los mejores ciclistas del mundo en una carrera extenuante, que salió con todas las mujeres que quiso, y ganaba millones por el camino.

Armstrong adora esta casa. Adora sus amplias habitaciones, y los ventanales que van del suelo al techo. Adora sus exuberantes y amplios jardines en los que sus hijos pueden jugar al fútbol, y su piscina cristalina («una piscina de borde negativo⁶, no una piscina infinita, quédate con el detalle»). Tras la casa hay filas de alargados cipreses italianos.

Se mudó aquí en el año 2006, tras ganar el séptimo Tour de Francia, una cifra de récord. Cierta vez dijo que este lugar era su guarida, «nadie va a venir a importunarme⁷». Tras haber conseguido eludir los constantes intentos de demostrar que se dopaba, podía girar a la izquierda y bajar al salón principal, para después, en un rápido giro a la derecha, desaparecer en la bodega y sacar una botella de Tignanello y brindar por su buena fortuna.

En la mesa situada junto al sofá hay una réplica de 90 centímetros de un avión Gulfstream, su medio de transporte preferido para los viajes de larga distancia. Es blanco, decorado con unas rayas negras y amarillas. Solía quedarse de pie junto con sus amigos mientras el avión despegaba, «surfeando» mientras este ascendía disparado hacia los cielos. Armstrong lo vendió en diciembre del 2012 por 8 millones de dólares⁸, preparándose para afrontar los inevitables costes legales que acarrearía que la USADA revelara cómo hizo trampas.

Mientras nos acomodamos en la sala de audiovisuales, en la segunda planta de su inmensa casa, las gemelas Grace e Isabelle irrumpen en la estancia. Ambas preadolescentes son réplicas de su madre, Kristin: preciosas y rubias. Sus amplias sonrisas descubren *brackets* plateados.

«¡Hola, papá! ¿Nos has comprado las faldas que vimos en internet?», le pregunta Isabelle mientras que usa, junto a su hermana, el sofá como un trampolín.

«Eso, papá, ¿las has comprado?», la segunda Grace.

«No, todavía no», responde Armstrong. «Es casi la hora de la cerveza. Sería todo un detalle si alguna de ustedes, señoritas, me trajera una cerveza. Shiner Bock».

Grace grita, «¡Shiner Bock! ¿Es que no sabes qué es? es una cerveza, eso es lo que significa B-O-C-K. No es de las que tienen la chapa a rosca».

Con la cerveza por fin en su mano, Armstrong me mira y dice «esta es la espantosa vida que llevo. Es horripilante».

Me cuenta lo mucho que disfruta teniendo a los niños en casa. Los niños son cristalinos y puros, demasiado jóvenes como para defraudarlo. Le pregunto si piensa que la gente se ha aprovechado de él, si se siente utilizado.

«Claro», responde.

«¿Quién?».

«Todo el mundo. Puedes hacer una lista».

El chaval que un día decoró su salón con una cabeza de ganado se ha convertido en un coleccionista de arte sofisticado y caro. Sus gustos resultan obvios, y desconcertantes. Al entrar en la casa se puede ver una vidriera de casi tres metros y medio de alto por uno y medio de ancho. Al observarla con cuidado, resulta ser un panel hecho con miles de mariposas de colores⁹, una obra de Damien Hirst denominada *El árbol de la vida*. Hirst es conocido por sus provocativas composiciones (por ejemplo, una jaula de cristal en la que una cabeza de vaca sirve de banquete para los gusanos). En el 2009, cuando usó mariposas para decorar una de las bicicletas de carreras de Armstrong, el grupo pro derechos de los animales PETA, denominó el trabajo como una «barbarie horrible».

Cuantas más piezas de la colección de arte de Armstrong veo repartidas por la casa, más extraño me parece su gusto. Sería benévolo denominar sus elecciones como oscuras, simplista decir que son controvertidas. Lo máximo que Armstrong dirá de cualquiera de ellas es que «molan de cojones».

Pero miren esta: sobre la chimenea, en el amplio comedor, flanqueado por unos jarrones de mármol que se tallaron para guardar el agua bendita en una iglesia, hay una fotografía con orina y sangre llamada *Pis y Sangre Número VII*. Es de Andrés Serrano, el fotógrafo que se ganó tan mala fama en 1987 por una

foto de un crucifijo de plástico dentro de la orina del propio artista. Resulta de una extraña armonía encontrarse en la misma estancia tanto esta fotografía, como el deportista que asegura haber superado cientos de análisis de orina y sangre en busca de drogas.

En la parte más alejada de la habitación está la oficina de Armstrong, muy poco iluminada, construida con maderas de tonos oscuros: un lugar en el que guarecerse. Desde su escritorio, situado en una esquina, Armstrong tiene una vista directa de los trofeos que ganó en el Tour de Francia: siete copas de porcelana de un púrpura oscuro, con delicados adornos dorados. Descansan bien alto en la pared, sobre unas estanterías, cada uno bañado por su propio foco, luminiscente.

A la izquierda del escritorio hay una pieza artística que podría resumir sus dañadas relaciones con su familia, amigos y compañeros de equipo. Una foto en tonos sepia de Luis González Palma, que muestra a un hombre y una mujer abrazados, bailando. ¿Pero están bailando de verdad? Tras un segundo vistazo veo que de sus espaldas brotan largas espinas. Lo máximo que dice Armstrong sobre la pieza es que resulta sombría.

Y también está el arte que gira en torno a Jesús.

A la derecha de su escritorio, cubriendo la pared casi por completo, hay una pintura española del siglo XVII con la escena de la crucifixión. Cuatro mujeres rezan a los pies de Cristo, cuya cabeza cuelga, coronada por un brillante halo dorado. Años atrás la pintura colgaba en el interior de una capilla que Armstrong mandó construir en su casa de Girona, España, para su ex-mujer, que era católica. Él no es religioso. Considera que las religiones organizadas no son más que un nido de hipócritas.

Al doblar una esquina según se sale de su oficina, coronando una escalera, hay otra escena de la crucifixión. Solo es posible admirar el efecto completo de la pieza si se observa desde determinados ángulos, en los que se puede ver la imagen de Cristo clavado en la cruz.

«Un hombre es condenado por miles de pecados», dice Armstrong. Pero incluso en presencia de estos crucifijos, habla de sí mismo. Parece anhelar que yo escriba que se le ha conver-

tido en el mártir de un siglo de dopaje en el ciclismo, y que la mejor manera de asegurarse de que así lo haga sea esta.

Se acerca a una mesa de café y toma en sus manos una escultura, un brazo que va desde la mano hasta el codo. La escultura, obra del artista japonés Haroshi, está hecha con numerosas capas de monopatín prensado. El dedo medio de la escultura está levantado.

«Esto se parece mucho a la historia de mi vida», dice. Entonces pone la escultura ante mi cara. Veo sus manos. En cada palma hay una pequeña herida en la zona en la que, según me cuenta, un doctor ha quemado unos quistes. Me vienen a la cabeza los estigmas.

«Vete a la mierda», se ríe.

Hace siete años, les dijo a sus tres hijos mayores - Luke, Isabelle y Grace - que cuando se graduaran en el instituto¹⁰, seguirían viviendo aún en la casa con el gran roble. Era algo que les debía. Lo habían seguido desde Texas a Francia y a España en numerosas ocasiones. Por fin podrían echar raíces. «Os lo prometo», les dijo. «Papá no volverá a mudarse». Vivirían a seis minutos de la casa de su madre, Kristin, y podrían contar con la familiaridad de la gigantesca mesa de la cocina, rodeada de fotografías en blanco y negro de todos ellos. Podrían estar seguros de que la mayoría de las noches de la semana, papá estaría tirado en el sofá frente a la televisión, viendo *Anderson Cooper 360°* en la CNN. Durante el verano del 2012, Armstrong mandó construir un añadido a la primera planta para que su creciente familia contara con un séptimo dormitorio. Para entonces, su casa era ya su cuartel general. Vivía allí con su novia, la grácil y rubia Anna Hansen, y sus dos hijos: Max, de cuatro años, y Olivia, una pequeña de dos años que se parece a Shirley Temple. Armstrong y su clan tenían planeado quedarse aquí, felices y a salvo durante muchos años.

Pero ahora se acercan los operarios de la mudanza. Es el 6 de junio de 2013, aún quedan cinco años para que Luke se gradúe. Por la mañana, una fila de camiones negros atravesarán el camino asfaltado, vomitando operarios vestidos con camisetas negras de manga corta. El ambiente se asemeja al de un funeral. Los opera-

rios de la mudanza han vaciado ya la pequeña casa de invitados de 1.633 metros cuadrados, con su fachada del mismo color canela y el techo naranja quemado por el sol.

El 7 de junio regreso para ver cómo los operarios vacían la casa principal. Bajan los trofeos del Tour de sus estantes iluminados, los cubren con envoltorio verde de burbujas y los colocan en cajas azules. En una caja de mudanza marcada con el número 64, un operario coloca un marco plateado que contiene una foto de 12x18 en la que se ve a Armstrong en el 2005. El equipo del Discovery Channel está sentado a la mesa tras su séptima y última victoria final en el Tour. Armstrong, sus compañeros, y el que fuera su director deportivo durante años, Johan Bruyneel, muestran a la cámara siete dedos. Todos ellos llevan en sus muñecas la pulsera amarilla de caucho de Livestrong. La mesa está llena de vasos de vino medio vacíos. Una vida pasada.

La caja número 64 desaparece en el camión junto al resto. Sigo a los operarios hasta la sala de audiovisuales. Con sus blancos guantes de algodón, descuelgan los siete maillots amarillos enmarcados sobre el sofá. El día anterior, mientras que Armstrong y yo estábamos sentados en esta misma habitación, tuvo una ocurrencia. Me preguntó si me apetecía tumbarme en el sofá, y sí quería hacerme una foto bajo los maillots mientras aún seguían allí.

«Será gracioso», decía. No pillé la broma.

Antes del amanecer, Armstrong abandonó la mansión para siempre. A las 4:15 de la mañana¹¹ del 7 de junio del 2013, condujo hacia el aeropuerto internacional de Austin/Bergstrom, acompañado de Hansen y sus cinco hijos, para tomar un vuelo comercial rumbo a la isla principal de Hawaii, donde pasarían la primera parte del verano.

Armstrong dice que no se giró para mirar la casa que había construido. Dice que nunca ha sido muy emocional. La mudanza solo significa que una parte de su vida ha tocado a su fin, y otra nueva da comienzo. No es más que eso, dice. Puede que crea en las palabras que salen de su boca. O puede que no.

Varios días después, solo quedan en la propiedad dos de sus posesiones. Una de ellas no entraba en el camión de mudanzas: un Pontiac GTO descapotable de 1970 que le regaló Sheryl Crow, con la que había mantenido un romance muy mediático que terminó cuando él la abandonó justo antes de que a ella le diagnosticaran un cáncer. El coche, un recuerdo de otro fracaso de Armstrong, está a la venta por 70.000 dólares¹².

Y por último, abandonada en la sala de estar de la casa de invitados, una batería completamente montada. Otro trozo de la vida que este hombre desecha. *Oh, golpea despacio el tambor y toca el flautín con dulzura*, pensé mientras contemplaba la batería; la letra de una canción que aprendí cuando trabajé en Texas,

*Llévame al valle, y cúbreme de hierba,
Soy un joven vaquero y sé que me he equivocado.*